

pués de varios meses de despedida sin un centavo de paga, pues sus salarios han sido abonados por la patrona a la deuda de un par de zapatos y de un par de delantales que ha tenido que comprarle a esa joven descalza, porque la avergonzaba ante sus visitas.

Esos mismos pies temblorosos, no muchos años después, cruzan un lujoso escenario alfombrado para recibir de manos del Rey de Noruega un premio Nobel que debió ser de Literatura, aunque le ha sido otorgado en nombre de la Paz. Porque es su relato testimonial, el cuento extraordinario de su dolorosa vida, lo que ha puesto ese premio en sus manos de sirvienta medrosa o de respetada líder mundial de las viejas causas justas. Dice Rigoberta Menchú que al recibir el premio pensó en su padre, muerto, torturado, amante de sus hijos y de su gente, sencillo y solidario, el mismo padre que, otra mañana temerosa y sin un peso en los bolsillos, sin nada qué comer, la había esperado temblando en la puerta de esa casa decente donde la habían estafado. ¡Qué más daba, no era esa señora la primera ni sería la última en aprovecharse de un pobre indio campesino!

El género del testimonio alcanzó con sus singulares confesiones otra de las cumbres de la literatura mundial contemporánea, si medimos sólo por el número de ediciones y traducciones a diferentes lenguas. ¿Será este el destino del testimonio escrito por centroamericanos? Tal vez sí, si pensamos en obras como las de Claribel Alegría, Omar Cabezas o Tomás Borge. Y ante este vital género se abren otras preguntas necesarias en el proceso de su análisis: estos modos de autorreferencia, ¿se corresponden mano a mano con la realidad? Por tan personales, ¿dejan estas narraciones alucinantes un archivo veraz de nuestro presente? ¿Cuáles son los grados y los matices de este misterioso compromiso autobiográfico?

Claro que vale la pena pensar que cuando un joven guerrillero abre su corazón ante una grabadora para dejar el registro de sus furias y alegrías revolucionarias, el género del testimonio se alza hacia una dimensión que sólo ha ganado en esta parte del mundo; el texto dicho por ese joven en la espontaneidad de su parla nicaragüense se transforma en algo más que una inmensa estepa verde y se hace mensaje imborrable por verdadero y cierto, por humano y compasivo, porque allí la mención al yo mismo es verdad de verdad, hasta las lágrimas de él y nuestras cuando nos relata, por ejemplo, que hay por allá en los bordes de las montañas de Waslala gentes buenísimas, pero tan simples y abandonadas como siervos de la Edad Media, porque aún no saben que el planeta que habitan es redondo como un globo y que gira ordenadamente con otros en el firmamento, alrededor del Sol. Y cuando Omar Cabezas insiste ante esos campesinos incrédulos, ellos le responden con iguales razones a las escuchadas por los discípulos de Copérnico, en

1543: «si la tierra da vueltas, el agua se saldría para arriba, los palos se pondrían patas para arriba, a los ríos se les saldría el agua, nosotros saldríamos volando». Así le replican, cuatro siglos después, porque en su inocencia jamás podrían imaginarse ni siquiera los mecanismos básicos de la gravedad o de cosa parecida.

No ha sido Centroamérica un terreno apto para madurar teorías, como en rigor, no ha sido ninguna de las regiones del planeta víctimas del colonialismo. Las teorías, ya se dijo, pertenecen al primer mundo; acaso por ello haya cierto déficit en el juicio de esta literatura tan original como propia, que apenas calza con los modos analíticos que abundan para los géneros canónicos de las letras occidentales. El testimonio generará con el tiempo sus sistemas de análisis, como deberían surgir desde acá procedimientos analíticos aptos y acordes con la particularidad de estas obras vividas, pensadas y enunciadas en condiciones geográficas, económicas y humanas tan esencial y dolorosamente latinoamericanas. Este es acaso el mayor de los desafíos para los estudiosos de nuestra cultura.

Por último, voy a referirme a un joven de veinte años enamorado de un ideal a quien vemos recorrer las librerías de su ciudad con la esperanza de colocar en consignación algunos ejemplares de su primer librito, acabado de publicar. Esta escena, en una región donde la distribución de los productos culturales es casi un imposible, nos es muy familiar y acaso está ocurriendo otra vez ahora mismo.

Sí, el joven al que me refiero caminaba por las calles de Managua con varios ejemplares de una obra titulada simplemente *Cuentos*. Había pagado a hacer quinientos y si en algún lugar le recibían cinco, lo tomaba como un triunfo o como un milagro. Su novia, más práctica e indiferente a la vergüenza de vender los libros puerta a puerta, le ayudó a salir de la tarea. «Sin ese heroísmo no existía la literatura» nos lo recuerda este autor, hoy justamente famoso y publicado y distribuido por grandes editoriales y ganador de honrosos premios en América y Europa.

Lejanos pero no olvidados están para Sergio Ramírez, aquellos días de su juvenil Managua: sin duda que de ese heroísmo brotaron el impulso y la perseverancia para pulirse en el duro oficio y llegar a *Castigo divino*, a *Un baile de máscaras*, a *Margarita, está linda la mar*. Lección de tesón y talento es la suya, y homenaje a la compañía de esa gente buena entre las que se debe hacer un buen escritor.

Por eso, pidamos con todo el corazón que si un joven recorre hoy las calles de alguna de nuestras ciudades en busca de editor o de libreros compasivos, ojalá que su destino sea mañana el de Sergio Ramírez, ganándose junto a él un lugar en el teatro de la gran literatura en lengua castellana,

donde cada día irá confirmándose la existencia y la calidad de la literatura centroamericana.

Bibliografía de obras citadas o aludidas, por orden de mención

- DE VALDIVIESO, Antonio: Cartas, en *Documentos para la historia de Nicaragua*. Andrés Vega Bolaños, editor, Colección Somoza, Madrid, 1954-1956.
- ROVINSKI, Samuel: *El martirio del pastor*, Editorial Universitaria Centroamericana, San José, 1983.
- CARDENAL, Ernesto: *El estrecho dudoso*. Prólogo de José Coronel Urtecho, Cultura Hispánica, Madrid, 1966.
- ARGUETA, Manlio: *Un día en la vida*. Editorial Universitaria Centroamericana, San José, 1981.
- DE LAS CASAS, Bartolomé: «Carta de fray Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapa, y de fray Antonio de Valdivieso, obispo de Nicaragua, al príncipe don Felipe (25-X-1545)», *Obras escogidas de fray Bartolomé de Las Casas. Opúsculos, cartas y memoriales*. Juan Pérez de Tudela Bueso, editor, Biblioteca de Autores Españoles CX, Atlas, Madrid, 1958.
- SCHERZER, Carl: *Las historias del origen de los indios de esta provincia de Guatemala traducidas de la lengua quiché al castellano [...] por el prf. Francisco Ximénez*, Carlos Gerold e hijo, Viena, 1857.
- DEL VALLE, José Cecilio: «Soñaba el abad de S. Pedro; y yo también sé soñar», *El amigo de la Patria*, n.º 24, tomo 2, Guatemala, 1 de marzo de 1822. Reproducción en *Escritos del Licenciado José Cecilio del Valle*, II, José Pineda Ibarra, Guatemala, 1969.
- *Obra escogida*. Selección y prólogo de Mario García Laguardia, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1982.
- DÍAZ, Francisco: *Tragedia en verso [...] de los acontecimientos que tuvieron lugar en Costa Rica [...] dedicada a la muerte del benemérito general Francisco Morazán*, Imprenta Industria Centro-Americana, San Salvador, 1847. Hay reedición en la *Revista de la Universidad de El Salvador*, n.º 4, 1986. Por esta última nuestra cita.
- DARÍO, Rubén: *Poesías completas*, edición, introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte, Aguilar, Madrid 1963.
- ROBLETO, Hernán: *Sangre en el Trópico. La novela de la intervención yanqui*, Cenit, Madrid, 1930.
- FALLAS, Carlos Luis: *Mamita Yunai*, Soley y Valverde, San José, 1941.
- AMAYA AMADOR, Ramón: *Prisión verde*, Editorial Latina, México, 1950.
- ASTURIAS, Miguel Ángel: *El señor presidente*, Costa-Amic, México, 1946.
- *Viento fuerte*. Ministerio de Educación Pública, Guatemala, 1949.
- *El Papa verde*. Losada, Buenos Aires, 1954.
- *Los ojos de los enterrados*. Losada, Buenos Aires, 1960.

BURGOS, Elizabeth: Editora. *Me llamo Rigoberta Menchú, y así me nació la conciencia*, Siglo XXI, México, 1985.

ALEGRÍA, Claribel: *No me agarran viva: la mujer salvadoreña en lucha*, Ediciones ERA, México, 1983.

CABEZAS, Omar: *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, Nueva Nicaragua, Managua, 1982.

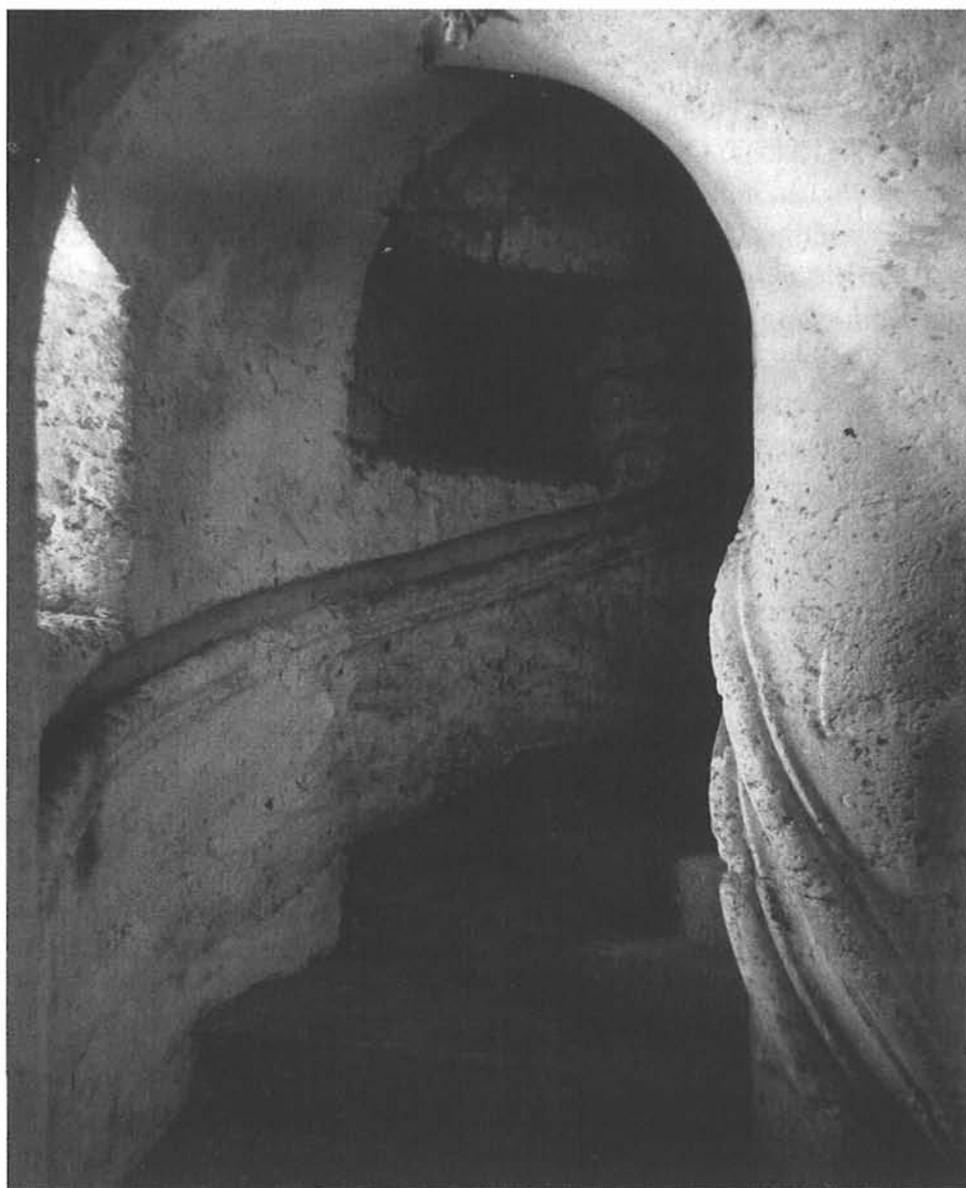
BORGE MARTÍNEZ, Tomás: *La paciente impaciencia*, Editorial Vanguardia, Managua, 1989.

RAMÍREZ, Sergio: *Cuentos*, Editorial Nicaragüense, Managua, 1963.

– *Castigo divino*. Mondadori, Madrid, 1988.

– *Un baile de máscaras*. Alfaguara, México, 1995.

– *Margarita, está linda la mar*. Santillana, Madrid, 1998.



Escaleras de caracol. Catedral de San Juan de Puerto Rico. Foto de Miguel Ángel